

DISCURSO

LEIDO EN LA VELADA POLÍTICO-LITERARIA

QUE LA

Juventud Carlista de Barcelona

CELEBRÓ EN HONOR DE SU PATRONO

SANTIAGO EL MAYOR

Y DE

S. A. R. el Príncipe D. Jaime de Borbón

el día 15 de Agosto de 1903

POR EL SOCIO DE LA MISMA

D. José Font y Farqas



R. 22571

BIBLIOTECA REGIONAL

Calle Baja de San Pedro, núm. 26, 2.º, 1.ª

BARCELONA

S-785



Jaime de Barba

•
A *La Joventut Carlista de Barcelona*
que fué la causa del presente trabajo,
lo dedica:

El autor.



Entusiastas y piadosas damas carlistas:

Señores y estimados correligionarios:

Ahí me teneis, no pidiendo benevolencia como se acostumbra en estos casos, porque el dirigiros hoy la palabra, es en cumplimiento de un deber indicado por la Junta de la Juventud Carlista y como soldado de sus filas, cumplo con él y con la disciplina característica en la gran Comunión Tradicionalista; sin titubear en lo mas mínimo, sin acordarme de si mis condiciones serán suficientes, para cumplirlo; sin que me arredre, la escasez de conocimientos; sin atemorizarme, lo atrevido de la empresa; porque entiendo, que aun cuando para salir airoso de mi cometido á todo ello hay que tener en cuenta, como no se me han impuesto condiciones de galanura, profundidad de conceptos, ni acopio de erudición, me ha parecido por otra parte que con la firme voluntad de querer cumplir con el deber, basta y sobra, para dejar satisfechos á los que nos sentimos orgullosos de agruparnos bajo los pliegues de esa gloriosa enseña, compendio de nuestros amores, cuyo rojo color de sangre á todos nos brinda una existencia repleta de abnegación y de cruentos sacrificios.

Una triste nueva, la de haber entregado su alma á Dios el Vicario de Jesucristo acá en la tierra, la Cabeza Visible de la Iglesia, en la persona de León XIII, fué causa de haberse suspendido esta velada en señal de duelo y de respeto á la memoria de aquél á quien los carlistas rendimos el mas completo y filial acatamiento, en consonancia al primer lema de nuestra bandera; y si alegrías nos había proporcionado en el campo de la doctrina, que en sus memorables encíclicas refrendada la justicia de nuestra Causa, yó separándome de los convencionalismos, con que muchas veces por pusilánime temor, se envuelve á la verdad, he de confesar que en cambio en lo temporal, (y advertid sin que yo quiera suponer no fuera recta la intención que á ello le impulsara), en el terreno político dinástico y mas en el dinástico que en el político, cuestión exclusiva de nuestra patria; fuera por informes equivocados, fuera por personales simpatías ó fuera por lo que fuera, lo cierto es que con respecto á nuestros fervientes afectos á nuestro Rey proscrito, que después de Dios y de la Patria constituye el copartícipe de las firmes convicciones á que rendimos culto,

nos causó, quizá sin que su bondadoso corazón lo presumiera, pesadumbres que amargarón nuestras almas y aumentaron el peso de la cruz, que la Comunión Tradicionalista lleva á costas hace ya cerca de un siglo, sirviendo de mofa y escarnio á todas las escuelas liberales, incluso la reconocementera y hasta á las mismas instituciones que nos recomendó acatáramos respetuosamente, á cuyo acatamiento fuera del forzoso á que nos obliga la fuerza bruta, pugnaba con nuestros sentimientos, hería nuestras afecciones y con el alma voluntariosa, para complacer Augustas indicaciones, se reveló ante la magnitud del sacrificio de abdicar de sus principios, abandonar las justas y legítimas reivindicaciones de nuestra Bandera y á profanar la memoria de nuestros mayores, pisoteando las cenizas de aquellas que en los campos de batalla y en todas partes, vertieron su sangre, generosa siempre, en aras de su fe religiosa primero, de su amor á la Patria y de su lealtad al Rey. Amores, sentimientos, esperanzas, sacrificios, abnegación, martirio, sintetizado todo en la bandera que tremolaron Carlos V. y Carlos VI, que tremoló Carlos VII y por la que sentimos férvidos entusiasmos, para agruparnos bajo sus pliegues, ya esté plegada en aquel corazón de España, en el destierro; ya ondée magestuosa oreada por el viento y saludada por el plomo enemigo, en los campos de batalla.

Murió León XIII y en cumplimiento de la promesa de Jesucristo de que su Iglesia Santa perduraría por los siglos de los siglos, aclama ya el pueblo fiel al sucesor de San Pedro, en la augusta persona de S. S. Pío X.

Me río yó, señores, de lo que los enemigos de la Iglesia, arguyan sobre las tendencias de los que ocupan la Silla de San Pedro y ciñen la triple corona. La doctrina es una, que no se ensancha ni se acorta, y de esta doctrina inflexible, son ellos los fieles guardadores; por lo que nada hay que temer por la cuestión de principios, pero tampoco nada hay que esperar, fuera de lo que se merece la doctrina misma que defendemos. Excátedra, que es donde la doctrina tiene asiento, tan intransigente fué León XIII, como Pío IX, como lo fueron sus predecesores, como lo serán Pío X y todos los que le sucedan.

Y yo señores, aferrado á esta convicción, por la que siento ardiente fé, venga lo que venga, suceda lo que suceda, con los principios de nuestra bandera tradicional por norma, deseo vivir; y con ella abrazado al morir, quiero me sirva de mortaja.

La Comunión Tradicionalista rindiendo culto al primero de los lemas de su bandera, no lloró, el llanto de esas plañideras doctrinarias, pero sintió hondo dolor al saber la fatal nueva del término de su carrera en el mundo de los vivos, del augusto Pastor de la Iglesia, y lo ha demostrado mancomunando las pruebas externas, con las internas de oraciones fervorosas. Asimismo ha demostrado su gozo al recibir la grata nueva de haber terminado la orfandad de los fieles, al saber que había sido elevado á la Cátedra infalible de San Pedro S. S. Pío X á cuyas doctrinas santas, prestaremos como siempre, incondicional acatamiento y absoluta sumisión.

Por las circunstancias que concurren en S. S. Pío X, por la amis-

tad que existía entre el augusto Proscrito en Venecia, y el eminente purpurado de la Iglesia, el Patriarca de la Reina del Adriático, parece que el Papa ha de ser esto ó aquello.... no estimados correligionarios, el Papa ha sido, es y será el Padre común de los fieles; no puede ser liberal en el sentido que se dá á esta palabra en los tiempos modernos ó por mejor decir las escuelas liberales, porque pugna, es opuesto su espíritu á la Doctrina de la Iglesia, de la que El es únicamente depositario; ni será tampoco carlista, el día que la Comunión Tradicionalista, flaqueara ó no defendiera la pureza de la doctrina católica.

En S. S. Pío X encontraremos como en todos un padre solícito y amoroso y además como admirador de las proezas realizadas por nuestros cruzados, en su corazón bondadoso tendrán cabida nobles alientos, que aun cuando la prudencia veda manifestar públicamente y en documentos solemnes su simpatía, será un gran bien, un triunfo glorioso para nosotros, el que como efecto de conocernos, no nos recomienda olvidemos nuestro pasado, enfriemos nuestros entusiasmos, para dar cabida en nuestros corazones amores nuevos ó siquiera simpatías, para *cosas* enclenques y carcomidas, tapaderas de iniquidades, y verdaderamente reas de lesa patria.

Dispuesta esta velada para festejar á uno de los Patronos de esa Juventud Carlista de Barcelona, á la par que á S. A. R. el Príncipe D. Jaime, me veo obligado aun á trueque de hacerme pesado, mancomunar los dos amores que profesamos al Santo y al Príncipe, porque á los dos comprende la unidad de principios y por ello no extrañaréis si en el transcurso de mi trabajo, notáis mi predilección por la idea religiosa, madre, amparadora, reguladora de nuestros derechos, con preferencia á éstos, que son una derivación de aquella.

Arido es, para mi incompetencia, tratar del glorioso Apóstol, que sembró el primero, la semilla redentora del Evangelio en esta tierra lbera, semilla que debía fructificar erigiendo un altar en cada cerro, un conobio en cada hondanada, que habitando sus rusticideces anacoretas primero; al ensancharse después, lo habían de ser por comunidades esplendorosas, al propio tiempo que en sus contornos, levantaban inexpugnables castillos los cristianos guerreros. para que ambos á la par, la cruz y la espada, se convirtieran en centinelas vigilantes de la fé que predicára el Apóstol, afirmándola en los corazones de los españoles de una manera tan firme, castiza é imperecedera que al través de los siglos, en el siglo XX alienta vigorosa, en los pechos de estos cruzados que arrostran todos los sacrificios, que se lanzan á los combates y con la sonrisa en los labios van á recojer el premio de otra vida, aclamando á Dios, á la Patria y al Rey.

No ha sido mi ánimo pronunciaros un discurso, fuera ello jactanciosa petulancia que no cabe en mí, pero procuraré hacer una comparanza entre los efectos de las doctrinas que predicara el Apóstol y sus seguidores y los de aquellos que cegados por utópicas ideas, se separaron de aquellas y colocándose frente á frente á las mismas, apoyándose en el sofisma y valiéndose de armas innobles, pretendie-

ron y aun batallan continuamente con el coraje que inspira el odio satánico, para destruirlas y entre unos y otros viendo lo opuestos y antagónicos que resultan, podréis fácilmente colegir donde hay que volver los ojos y los afectos del corazón, para salvarse del naufragio, contemplando los grandes escollos, que muestran aun sus acantilados salpicados de sangre, que atraen á esas sociedades modernas, que sin brújula ni timón, están á merced de los vaivenes de las encrespadas olas revolucionarias.

Todo esto puede concretarse en este mi tema.

Efectos de la verdad y del error: ó, Glorias de la Tradición é ignominias del liberalismo.

La Verdad reside en Dios, y en Dios Creador, principio de todo lo creado, nace precisamente el principio de Tradición y cuando los pueblos en confusión espantosa se olvidan y reniegan de la Tradición que El les legara é impuso, para que la continuaran á los Patriarcas, á los Profetas, y á los Reyes y pueblo de Israel, al que había hecho guardador del Arca Santa de la Tradición y cuando este pueblo se apartó relegando al olvido, las tradiciones de sus ascendientes; desciende á la tierra el Unigénito Hijo á confundirse con los hombres á convertirse en víctima propiciatoria á fin de hacer renacer el mismo principio de Tradición, de que se habían olvidado, y muerto en afrentosa cruz, Cristo, Rey, Dios y Hombre, delega á sus Apóstoles, hombres humildes, hijos del trabajo, que se ven elevados á la cúspide del saber, no por sus estudios, sino por gracia del Espíritu Santo, para que pregonen por la redondez de la tierra á todas las gentes, la Tradición que el mártir del Gólgota, les había renovado, manifestada con caracteres evidentes de su poder sobrenatural y Divino.

Elocuentemente decía el insigne y cristiano orador, con tanto acierto nombrado Presidente honorario de esta Juventud Carlista "La tradición considerada en sí misma, es transmisión y lejos de significar cosa petrificada, implica movimiento, puesto que supone algo que pasa de unos á otros."

Así lo vino á demostrar aquel hijo de Galilea, hermano de S. Juan Evangelista, primo de Jesucristo, apellidado por Jesús, el hijo del Trueno, el Apóstol Santiago el Mayor, que en su misión evangélica por el suelo hispano, se vió confortado, con la presencia en carne mortal de la Virgen María, que aun vivía, rodeada de esplendores de gloria y de corte angélica, encima de aquel jaspeado pilar, compendio de todas las tradiciones españolas, el bendito Pilar de Zaragoza.

Aquella semilla sembrada por el Apóstol, santificada en este suelo por la planta de la Divina Madre de Dios, Emperatriz excelsa de cie-
los y tierra, era señal inequívoca de que había de fructificar superabundantemente y á los Cecilio, Hisquio, Torcuato, Cresifonto, Segundo, Indalecio, Eufrasio, Gerencio y Cuarto venidos de Roma en seguimiento de la misión de Santiago, siguieron los *innumerables mártires de todas condiciones, valerosas vírgenes, esforzados soldados, ínclitos fundadores, devotos abades, anacoretas fervorosos, niños angeli-

cales de corazón gigante, doctores esclarecidos, confesores doctísimos, obispos prudentes, misioneros abrasados de amor á Dios á sus semejantes y á la patria, condes virtuosos, príncipes piadosos, reyes animosos, que constituyen pléyade brillante, trofeo glorioso, recolección asombrosa de aquella semilla y que son ornamento de la Iglesia española, elevados por los perfumes de sus virtudes, á que los veneremos en los altares como Santos, de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, nuestra Madre.

Caido el poder de Roma en España, abjurado los reyes godos el arrianismo, abrazándose Recaredo á la Cruz, y cuando los esplendores del triunfo de la Religión del Crucificado alumbraban magestuosamente los ámbitos todos de la Península Ibérica, viene la irrupción sarracena, para confirmar una vez más lo militante de la Iglesia, y ciudades y villas, pueblos y aldeas, caserios y grutas; refugio son de esforzados y valerosos cristianos que firmes en su fé, presentan vasto campo á las hordas agarenas, para teñir nuevamente el suelo de la patria española, con su sangre de mártires de Cristo.

A pueblo tan valeroso, de tanto coraje, no debía faltarle, en aquellos angustiosos momentos en que veía perdida su patria, y convertidos sus templos en mezquitas; la protección de María y del Apóstol Santiago y en efecto: en los montes astures y en los pirenaicos, se juntan unos pocos dispersos, y surge un Pelayo en Covadonga y un Garci-Gimenez en San Juan de la Peña, y mientras la tajante espada de los guerreros arremete contra los infieles y ensancha sus dominios, la luz del Evangelio va alumbrando y reconstituyendo lo por aquella conquistado, y se manifiesta el poder Divino en aquella grandiosa y gigantesca epopeya, y lo reconocen aquellos esforzados campeones, ** fundando el primero el monasterio de San Salvador de Valdediós y el segundo el de San Juan de la Peña, y en aquel mismo siglo viii funda Alfonso I el Católico el de San Pedro de Villanueva; D. Fruela, el de San Julián de Samos; Ordoño, el de San Esteban de Ribas; Carlomagno, los de San Feliu de Guixols, San Pedro de Galligans y San Cucufate del Vallés y Ludovico Pío el de San Pedro de las Puellas; en el siglo siguiente, se levanta el de Santa María de Ripoll, por nuestro conde Vifredo el Velloso; en el siglo x, levanta D. García de León, el de San Pedro de Exlonza; Vifredo II, los de San Pedro de Camprodón y de San Pablo de Barcelona; el conde Mirón, el de San Pedro de Besalú; los condes Oliva y Miron, el de San Pedro de Serrateix; D. Ramiro, el de Santa María de Oleón y Sancho García Abarca, el de Santa Cruz de los Sorores, y en el xi funda Alonso VI, los de S. Servando, S. Juan de Burgos, Santa María de Otero, Valparaíso, Santa María de Fitero, Santa María de la Espina, de la Huerta y de Belmonte; D.^a Cristina, mujer de D. Bermudo, el de San Salvador de Cornellana; D.^a Mayor de Navarra, el de San Benito de Fromesta; D. García, también de Navarra el de Ntra. Sra. del Real de Nájera; y en el siglo xii el de Santa María de Caracedo, por Bermudo II y nuestro IV Berenguer el Santo, los de Santas Creus y Santa María del Poblet; y Alfonso IX fundando la caballeresca orden de Santiago, aprobada por la Iglesia y Alfonso X

el Sabio, fundando el monasterio de San Benito de Sevilla y Juan I el de San Benito el Real de Valladolid, y D. Sancho á San Salvador de Oña y en fin señores, pues la relación sería interminable, correspondiendo cada fundación á un hecho ó por mejor decir á una serie de hechos, por la cual quisieron transmitir á las generaciones que habían de sucederles, la tradición que aquellos mismos hechos representaban.

Pero, para completar esta sucinta relación de fundaciones, no quiero dejar de mencionar el monumento que nos legara el gran Rey, encarnación viva de la tradición monárquica, de la monarquía liberal y democrática, con la libertad y democracia del Evangelio; que no admite más absolutismo que el de Dios, de aquel Rey á cuya memoria hay que doblar la cabeza; padre de sus súbditos, amparador de débiles, debelador de herejes, domeñador de orgullosos, de aquel Rey que tanto respeto profesaba á los fueros y libertades de sus pueblos, que acudía á las justicias para dilucidar las dudas de sus prerrogativas y atribuciones, como lo hiciera el último de sus vasallos; de aquel Rey en fin, que mientras la tierra giraba alrededor del Sol. los rayos del astro rey, habían de reflejarse en la cruz de la corona que ceñía á sus sienes; de aquel Felipe II, que como tradición con la cruz abrazada, nos legara San Lorenzo del Escorial, como recuerdo de la gloriosa batalla de San Quintín. Y le preceden en esta senda, los reyes de Asturias. de León, de Castilla y de Navarra, los reyes condes de Cataluña y los reyes de Aragón, hasta convertir la mezquita de Granada, en templo dedicado á la Inmaculada Virgen María, con la advocación de la Victoria, victoria definitiva de aquella reconquista que por espacio de siete siglos, no se dejó la empuñadura de la espada y el continuo batallar, pareciéndose á una cordillera de montañas ó á un rosario cuyos granos son las hazañas que realizaron con la protección divina y su valeroso esfuerzo, cuyos misterios compendia la Iglesia el 23 de Mayo, por la batalla de Clavijo; el 16 de Julio, por el triunfo de la Cruz en las Navas de Tolosa; y el 31 de Octubre, por el combate del Salado; y para antes y después el 12 de Octubre, por la aparición de la Virgen, en el Pilar bendito; el 9 de Mayo, por la conquista de Orán, y el 1.º de Octubre por la batalla naval de Lepanto; el 24 de Septiembre, por la aparición de la Santísima Virgen, en esa ciudad de Barcelona, á San Pedro Nolasco, San Raimundo de Peñafort y al gran rey Jaime I el Conquistador.

Reyes católicos, Carlos I, Felipe II, El Cardenal Cisneros, Gonzalo de Córdoba, Juan de Austria, Alvaro de Bazán, Pizarro, Hernán Cortés, Magallanes, Legazpi, Elcano, Duque de Alba, Cervantes, Calderón, Lope de Vega, Luis de León, y de Granada, Murillo, Sutillo, Herrera, Ponce de León, Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola, Domingo de Guzmán, José de Calasanz, Ramón de Peñafort, Pedro Claver, Francisco Javier, Las Casas, Pedro Arbués, que recuerdan Unidad Católica, descubrimiento de nuevos mundos, sus conquistas, su civilización y evangelización; el ser señores de los mares; paseo triunfal de nuestra bandera, por toda la tierra; ciencia, literatura, bellas artes, la reforma del Carmelo, Compañía de Jesús, orden de Predicadores, Redención de Cautivos, Escuelas Pías, Hospitalarios de

S Juan de Dios, enseñanza de sordo mudos, misiones y la desconocida y calumniada inquisición; en fin, malla espesa de hilos de oro que constituye vestimenta insigne de la monarquía tradicional, porque subsistió en estrecho abrazo con la cruz, con las doctrinas que sembró el Apóstol, cuyo cuerpo guarda la ciudad de Compostela. Por eso subsiste incólume al través de las tempestades y oleaje revolucionario y pudo en el pasado siglo, continuo parto de revoluciones y expoliaciones infuadas, erguirse y batallar frente á frente con la maldad coaligada; sin medios, solo con el ardor que en sus pechos encendía sacro fuego, la generalísima de nuestros ejércitos, que levantada por los proscritos reyes, cuyas cenizas reposan en el panteón del destierro en Trieste y el proscrito de Venecia, resurgieron héroes como Zumalacárregui, Gurgué, Elio, Merino, Andéchaga, Eroles, García, Santos Ladron, los Tristany, Castells, Ortega. Gonfaus, Borges, Balanzátegui, Francesch, Galcerán, Radica, Ollo, Marco, Montoya, Vils y tantos y tantos otros que nos dejaron como tradición fechas memorables, que con millares de héroes anónimos nos refrendaron la senda del deber, sellando la fé de sus convicciones con su sangre en mil combates, como Arquijas, Segorbe, Pasteral, Aviñó, Peralta, Segovia, Portugalete, Los Arcos, Villasante, Tortosa, Retamoso, Gerona, Allo, Dicastillo, Viana, Montejurra, Somorrostro, Lácar, Solsona, La Gleva, Berga, Alpens é Igualada y á los que no pudieron abatir su valor frente á frente y con la visera levantada, combates propios de la caballeresca hidalguia española, obligada por la cruz que ostenta en la empuñadura de sus aceros; sinó con el arma de los cobardes y de los mal nacidos desleales, la villana traición.

El liberalismo es señores, lo opuesto á la verdad, es el hijo predilecto de la mentira y lo constituye la conjunción de heterogéneas escuelas que se fundieron en una última aspiración, para el logro de un fin común; es la encarnación viva del jacobinismo, compuesto á su vez, según refiere un insigne escritor, la escuela de los seudofilósofos, que sin hacer distinción de religión y sectas, quieren la destrucción de todos los altares de Jesucristo, á los que bien se les puede aplicar escuela de sofistas, de incrédulos é impíos. A ésta, hay que añadir la escuela de la rebelión, que á su odio á Jesucristo, quiere también la destrucción de los tronos ó ponerlos con faldas ó paños cortos, y de entre una y otra ó sea de la impiedad y la rebelión, nació el benjamín, la anarquía, que no se contenta solamente con la destrucción del Altar y del Trono, sino que dirige sus combates, contra toda religión natural, todo gobierno, toda autoridad, toda propiedad, es decir contra toda tutela y yugo sobrenatural y humano; no hay para ella ni familia, ni sociedad, es todo una amalgama de ódios y concupiscencias.

La escuela primera ideó, la segunda tramó, la tercera ensayó el poner en práctica, lo ideado y tramado por la primera y segunda.

Volter, D' Alambert, Federico de Prusia y Diderot, hé ahí los progeneritores; digó mal, el progenitor fué Satanás, ellos fueron los secua-

ces de modificar ó ampliar el plan de la Protesta, iniciada por Lutero un siglo antes; siendo el lema de estos conjurados *mueran el infame* esto es, destrozad, anulad, desterrar á Jesucristo, ... la religión de Jesucristo.

Prohijaron la segunda escuela, D' Argenson, Montesquieu, Juan Jacobo Rosseau, L' Harpe, Marmontel, L' Metre, Gudin y Leroy, trabajando, para convertir al pueblo en soberano, sentando aquellos principios de que el pueblo es superior á toda ley, que todos los reyes son provisionales, escuela que se constituyó en organizadora ó inductora á la Masonería.

La tercera, poder ejecutivo de la primera y la segunda, tuvo por fundador á Espartero Veishaut, que supo hacerse con discípulos tan aprovechados como el infame Luis Felipe de Orleans, Mirabeu, Sieyes, Robespier, Marat, Berrier, Petion, Desmolins, Callot d'Herbois, fieras desencadenadas, que con sus cachorros, lograron sus deseos, llevando al patíbulo á los reyes Luis XVI y María Antonieta, entronizando á la *diosa razón* personificada en una prostituta.

Entre todas tres en conjunción, al grito de libertad, igualdad y fraternidad, se asesinaron mutuamente; derrumbaron el trono del heredero de San Luis, hollaron el Santuario; el saqueo, el soborno, el asesinato, la locura en el desenfreno de todas las malas pasiones, se convirtió en égida de la Francia; sus ríos aumentaron la corriente, con la sangre de las víctimas y verdugos; el destierro era el único punto de seguridad, para los que podían alcanzarlo; quedando Francia convertida en vasta cárcel de veinte millones de esclavos, á merced de la vara de un Guiane, de Merlin ó de Revvel. ¡gloria póstuma de un pueblo que llega á la meta de la igualdad, con el inri de soberano!

De allí, del Jacobinismo francés, había de nacer copiado literalmente, cambiado sólo de nombre, el flamante liberalismo español, porque nuestros liberales han tenido esta ventaja, no han sentido la necesidad de devanarse los sesos en inventivas de ninguna clase, les basta el copiarlas, y así vemos á los cortesanos de Carlos III recibir las instrucciones de la escuela de Volter; á los de Carlos IV de D' Argenson y Montesquieu y solamente de la tercera no supieron implantarla por correspondencia, sino sirviendo de lacayos, con el nombre de afrancesados, á las legiones que vinieron á enseñarles prácticamente y tomando el nombre de (parrots) dejaron (concretándose solamente á Cataluña) impresas sus huellas en Gerona, San Quirico, Safaja, San Salvador de Horta, Lérida, Tarragona, Puigcerdá, Collbató, Montserrat, Barcelona, etc., legándonos nombres gloriosos de mártires como el del Padre Gallifa, Simó, Pámiás, Guitart, Vidal, Güell, Pou, Molas y otros mil que como el beneficiado de Arbós, reverendo Torres, murieron martirizados, por los que nos traían el progreso y la libertad, pronunciando aquellas hermosas palabras "haced cuanto querais, que lo que es mi alma no la mataréis."

Habían aprendido ya, al tener que retirarse acosadas como perras rabiosas las legiones de Napoleon Bonaparte y los mismos *parrots* cambiando de nombre, por el de *negres*, empiezan sus hazañas en 27

de Abril de 1822. con el padre Gaspar, ermitaño de la Santísima Trinidad de Montserrat, asesinándole villanamente, iniciando una serie de crímenes y asesinatos como el de los Tres Roures de Manresa á cual más horribles, contándose en aquel martirilogio de 1822 y 1823 de libertad imperante, víctimas como el obispo de Vich, Iltre. Estruch y Vidal, y he dicho martirilogio, porqué con las víctimas se aguzaron los más atroces medios de tormento, cual si hubieran renacido los sanguinarios Dacianos y esbirros de los Nerones y Dioclecianos, y que constituyen las glorias de aquella segunda constitución liberal española, que enderezaba los pasos del pueblo español á convertirle en pueblo soberano.

Constitución que modificó la primera del año 12, en sentido de progreso liberal, con la tentativa abortada de 1.º de Enero de 1820 en Cabezas de San Juan, por parte de un general que ha dejado tras de sí el himno que caracteriza á los revolucionarios, que por los principios que ni el sabía lo que eran, como lo confesó en la hora de su muerte, hundió á la patria, siendo causa de que se desgajara de la corona de España, la mitad del Nuevo Mundo.

Muere en 1832 Fernando VII, último rey legítimo que ha ocupado el trono de San Fernando, pero no rey tradicional, quien apagado el poco ingenio que tenía, con la mano muerta empujada por mano femenina, pretendieron derogar la ley fundamental y semi-sálica, no en provecho de su hija, sino por ambición de orgullosas mujeres, de aquella Cristina, nombre de infausta memoria, nombrada reina gobernadora por sarcasmo, ya que pocos años más tarde había de ser ignominiosamente arrojada del lado de su hija y del suelo español, después de rota la caña de gobierno que en sus manos traía, por la ambición de un soldado progresista; y de aquella otra tía, que asediada más tarde, por los remordimientos, había de conquistar la nobleza de un valeroso general, haciéndole víctima gloriosa de la Comunión Tradicionalista, para destruir la obra de su infamia.

Y llega el 1835, jornada gloriosa del liberalismo español; explosión infernal del odio satánico, que corroe sus entrañas; blasón, esculpido en su escudo acreditativo de sus arteras armas, debía manifestarse en aquella fecha infausta con todos sus furores, para destruir lo que representaba á la Tradición, convirtiendo los monumentos que nos legaron nuestros cristianos reyes y las piadosas generaciones de sus súbditos, que constituían el símbolo de nuestras preciadas glorias y grandezas, en inmensas hogueras, después que el puñal asesino los había manchado con la sangre, de achacosos ancianos, piadosos varones y púdicas vírgenes, y de haberlos también saqueado la codicia de aquellos, que habían de ser castigados, por medio de aquella expoliación indigna, de aquel robo nefando, latrocinio asqueroso que tomó la ampulosa denominación de desamortización, para arrancar, usando fraseología progresista, los bienes de las manos muertas, para hacerlos productivos, en las manos vivas de los burgueses que no tienen temor de Dios, ni respeto á sus semejantes; cuyo dinero sino sirvió para ninguna empresa noble y levantada, en cambio ha si-

do el causante de las traiciones con que se ha aplazado el triunfo de la Causa Tradicionalista.

Pasaré por alto aquel ensayo, en que nuestros jacobinos probaron de soltar con toda libertad á la fiera cometiéndolo los modernos *parrots* y *negres*, con el nombre de *cipayos*, en todos los ámbitos de la península, sus característicos horrores sangrientos y repugnantes, y cuando los mismos que la habían atizado se dieron cuenta de que su misma impetuosidad podía ser causa de que se vinieran abajo los pedestales que habían escalado y se vieron impotentes para dominarla, solo el pueblo que ora, calla y paga, pudo en un momento de mal humor, que debiera durar siempre en frente de la continua provocación del contrario, aquel pueblo, al ver profanado el Santuario, violadas sus viviendas, asesinados sus deudos, le puso el dogal al cuello al levantarse erguido y prepotente, constituyendo una legión de cien mil cruzados, que á la voz paternal del Rey legítimo se lanzó á la pelea, y la contuvo y la habría aniquilado aplastando su horrorosa cabeza; pero ¡ay! los jacobinos, doctrinarios duchos en las malas artes, se apoderaron de la cuerda que sujetaba á la fiera, con la artera traición que es su característica y de aquellos esforzados cruzados los que no dieron su alma á Dios, en el fragor de los combates y en los hospitales, fueron con su Rey á comer el amargo pan del destierro, ó volvieron á sus lares á proseguir la vieja canción de orar, pagar y callar. Y en la pendiente de sus glorias cabeza abajo, fué prolongándose y llegó la venta de las Antillas y el abandono de las Filipinas, tierras empapadas con sangre honrosa en sus conquistas y selladas al dejarlas con sangre de víctimas miserablemente inmoladas, para sostener *instituciones débiles, enfermizas y corrompidas, y á tanta víctima inmolada en aras de menguados y usurpados intereses, le cantaron su responso final en aquel ignominioso desuello de *Meco*, tratado de París. bofetada pegada con toda la sinvergüenza al rostro de esa España insensible por la corrupción, pero que clama justicia al cielo; tan villana osadía, crimen tan inaudito, necesita reparación, la piden las víctimas inmoladas desde sus tumbas en las que fueron nuestras colonias; desde el fondo de los mares; en todos los rincones de nuestra Península; clamán por ella, los mártires de nuestras tradiciones y la Comunión Tradicionalista es la mano de hierro, es el brazo de la reparadora justicia; que al lavar la afrenta, ha de vengarla.

Expuestas quedan á vuestra consideración someramente y aun mal hilvanados los efectos opuestos de la Tradición y el Liberalismo, en lo que habría materia para grandes obras y que no he sabido condensar en el estrecho marco de una disertación. Están hoy aun frente á frente, pareciéndose á dos colosales árbol y arbusto, asentados en parte opuesta. El uno tiene sus raíces en el Empíreo, estando vedado el contemplarlas á la raza humana y cuyo tronco magestuoso, baja como colosal columna, extendiendo las ramas de su copa, por toda la redondez de la tierra, para que con su sazonado fruto apague la sed de verdad y de justicia que siente la criatura. Representáos por el

*sufragio, jurado, etc.

contrario al colosal arbusto que agarradas tiene las raíces en las cortezas de la tierra, no recibe sávia protectora y no tiene empuje para elevar sus ramas, sino que caídas y á rastras por el suelo, produce solo frutos amargos, que exacerba las pasiones, despierta apetitos desordenados, cierra el camino á la esperanza y arrastra á la desesperación á los que de aquel maldito fruto comen.

Figuraos también dos yedras, una que agazapándose á la copa que contiene el fruto sazonado y enroscándose en la columna, vá ascendiendo en espirales, matizándola con los fúrvidos anhelos de escalar las alturas, allá en el Infinito á dó tiene sus raíces el tronco, para formar allí hermosa peana. No importa que en su ascensión magestuosa, récios vendavales de hórridas tempestades hayan truncado y deshojado sus ramas accesorias y descortezado hasta la principal, ya que no habiendo logrado arrancar las escamas con que se agarra al tronco, no han podido matarla, únicamente habránla descujado en un trecho, para demostrar más arriba la lozanía esplendorosa de la sávia que en su centro circula; y en cambio contemplad la otra, apenas nacida ya encorva el tronco y nuevamente lame la tierra, para levantarse á rastras y caer nuevamente no dejando, tras de sí, más que montones de hojarasca, guaridas de gusanos y reptiles inmundos. En fin, árbol frondoso, la Verdad; el error, arbusto; yedra que se levanta, la Tradición; la que se arrastra, el liberalismo.

Entre el árbol y el arbusto, entre la yedra que erguida escala las alturas y la que se arrastra por el lodo de la tierra, no caben en manera alguna términos medios, hay que sobrellevar la cruz á cuestas ó hacer desprecio de ella, pero decir con los labios que sí se la quiere llevar y con el corazón y en la práctica demostrar lo contrario, es hipócrita y solapadamente mofarse de la verdad, y sonreír amistosamente al error, meciéndose en brazos de la comodidad y las pesetas.

Nosotros, los carlistas, estrechamente abrazados á la Tradición enroscada en el árbol de la Verdad, permaneceremos en pié centinela alerta para arrostrar todas las contingencias revolucionarias, y podremos ser arrollados, dispersados por encarnizada persecución, pero alentando en nuestros corazones la fé que immaculada nos legaron nuestras legiones de mártires, no seremos, no, jamás vencidos.

¡Gloriosa enseña!, representativa de nuestras tradiciones; bandera, á cuya sombra vertieron su sangre nuestros ascendientes; trofeo secular, de nuestra historia patria; emblema que representas, propagas y defiendes la semilla del Apóstol; que sintetizas la fé, el amor, la lealtad, la justicia, el derecho y la libertad de Cristo; contigo se dirigen nuestras miradas, para tí laten agitados nuestros corazones y en esta fiesta solemne, del Compatrón de nuestra querida patria, fiesta también onomástica de nuestro bizarro Príncipe D. Jaime, primer súbdito, y soldado el primero del Rey que mantiene enhiesta é incólume aquella joya de venerados recuerdos; la Juventud Carlista de Barcelona, al festejar al glorioso Santiago, al vencedor de Clavijo, al que dió una divisa á los ejércitos de la Monarquía Tradicional aquel "Santiago y cierra España", espanto de moros y herejes y terror de todos los enemigos de la Patria y al felicitar con todo su entusiasmo

al Príncipe que por su nombre nos hace concebir risueñas esperanzas, recordándonos á aquel Jaime I el Conquistador, uno de nuestros más grandes reyes, que si esgrimía valerosamente la espada conquistando nuevas tierras para engarzarlas cual piedras preciosas á su corona para gloria de la Religión, engrandecimiento de la patria y bienestar de sus súbditos, sabía colgarla también, como un exvoto, á los piés de nuestra excelsa Patrona la Virgen de Montserrat. En esta fecha pues, memorable por ambos conceptos, renueva el juramento de fidelidad á esta bandera, proscrita de nuestra patria juntamente con el descendiente directo de cien reyes, al cual saludamos con todo nuestro corazón, con toda nuestra voluntad, con el mágico grito de ¡Viva el Rey!

HE DICHO.



*** Mártires:** Augurio, Agapito, Amador, Antinógenes, Adolfo, Arcadio, Aciselo, Anastasio, los Abundios, los Aurelios, Bernardo, Cristóbal, Casto, Claudio, Celedonio, Ciriaco, Carpofo, los Claudios, Domingo, Estercacio, Emilas, Eovaldo, Ecicio, Eutignimano, Evidio, los Eulogios, Fandila, los Facundos, Faustos y Félix; Genaro, Gumersindo, Galinico, Genuterio, y los Germanes; Hipólito, Honesto, Isidoro, Isaach, Invento, y 359 compañeros, Juan, Jeremías, Justo, los Jorjes, Jamarios y Julianes, Leoncio, Lupercio, Lamberte, Luis, Leovigildo, los Lorenzos, Montano, Marino, Máximo, Martirián, los Magines y Marciales y las Masas de Zaragoza. Paulino, Primitivo, Perfecto, Pascasio, Prolo, Patrón, los Pablos y los Pedros, Rodrigo y los Rogelios, Sarracino, Sándalo, Sisenando, Sempronio, Salomón, Secundino, los Sardoveos y los Servandos, Teodomiro, Sixto, Tirno, Vicencio, los Vicentes, Victores y Victoricos y Zoilo.

Virgenes: Áurea, Auria, Alodia, Barbada, Columba, Casilda, Cordula, Columbina. Colagia, Centola, Calamanda, Eugenia, Engracia, Eusonia, Elena, Enfemia y las Eulalias. Flora, Florentina, Gracia, Justa, Juliana, Julia, Liliusa, Lucrecia, Leocadia, Marta, las Marías y Marinas, Natalia, Nunila, Oliva, Obedulia, Potenciana, Paula, Pomposa, Quiteria, Radegundis, Rufina, Severicia, Semproniana, Serafina, Trahamunda y Victoria.

Soldados: Alejandro, Celedonio, Domingo Jañez, Hemeterio, Marcelo, Melecio y Pedro.

Fundadores: Domingo de Guzmán, Ignacio de Loyola, Juan de Dios, José de Calasanz, Pedro de Alcántara, Ramón de Peñafort, Raimundo de Calatrava, Teresa de Jesús y María del Socós.

Abades: Emerio de Bañolas, Veremundo de Hirache, Urbano, de San Pedro de los Montes; Roberto, de la Casa de Dios; Iñigo, de San Salvador de Oña; Enecón, de Burgos; Gil de Casayo, de San Martín de Castañeda; García, de San Pedro de Arlanza; Teotonió, de Liébana; Domingo, de Silos; y Tigrida, de Bribiesca.

Anacoretas: Vintila, de Puigní.

Niños: Dominguito, Fortián, Justo, Nicolás de Ledesma, Pelayo, Pastor y Pablito.

Doctores: Martín de León.

Confesores: Arsenio, Alvaro de Córdoba, Constantino, Diego de Alcalá, Dámaso (papa), Emiliano, Frutos de Segovia, Francisco de Borja, Francisco Solano, Fructuoso, Felix de S. Juan de la Peña, Gonzalo de Amarante, los Gregorios de Granada y Alcalá, Ildefonso, Juan del Prado, Juan de Ortega, Juan de Sahagún, Juan Terestes, Juan de Córdoba, Juan de la Cruz, Leandro, Luis Beltrán, Millán de la Cogulla, Nazario, Pedro, Pelayo, Pedro del Barco, Pedro Regalado, Rodrigo de Silos, Ramón Nonat, Silvano, Sabario de Numancia, Tomás de Villanueva, Toribio de Liébana, Urbicio de Huesca, Vicente Ferrer y Voto.

Obispos: Atilano de Zamora, Alvito de León, Braulio de Zaragoza, Bernardo Calvó de Vich, Crispín de Ecija, Conancio de Palencia, Dictinio de Astorga, Eladio de Toledo, Eutirquio de Valencia, los dos Eustaquios de Toledo, los Fulgencios y Fructuosos, Fermín de Pamplona, Froilán de León, Gregorio de Granada, Genaro de Astorga, Gonzalo de Mondoñedo, Isidoro de Sevilla, Julián de Cuenca, Julián de Toledo, Justo de Urjel, Leandro y Laureano de Sevilla, Narciso de Girona, Odón de Urjel, Olegario y Paciano de Barcelona, Prudencio de Tarragona, Pedro de Santiago, Pedro Pascual de Granada, Pedro de Osma, Rosendo de Compostela, Sabino de Plasencia, Severo de Barcelona, Toribio de Astorga, Valerio de Zaragoza y Venancio de Toledo.

Misioneros: Alonso de Mena, de Logroño; Antonio de San Buenaventura, de Tuy; Alonso de Navarrete, de Logroño; Apolinar Franco, de Aguilar de Campó; Alonso Pacheco, de Minaya; Alonso Rodríguez, de Segovia; Diego de Cadiz, Francisco Galvez, de Utiel; Fernando de San José, de Ballesteros; Francisco de Jesús, de Villamediana; Francisco de Morales, de Madrid; Francisco de Santa María, de Montalbano; Francisco Javier, de Navarra; Gabriel de la Magdalená, de Sonseca; Jacinto Orfanell, de Jana; Juan de Santo Domingo, de Zamora; José de San Jacinto, de Villarejo de Salvanés; Juan de Santa Marta, de Sonseca; Luis Beltrán, de Barcelona; Pedro de Zúñiga, de Sevilla; Pedro Vázquez, de Peiba; Pedro de la Asunción, de Cuerva; Pedro de Avila; Pedro Claver, de Verdú; Tomás del Espíritu Santo, de Vitoria; Vicente de San José, de Ayamonte.

Condes: Osorio Gutierrez, fundador del Monasterio de San Salvador de Villanueva.

Príncipes: Hermenegildo.

Reyes: Fernando III, Isabel, hija de D. Pedro III de Aragón; Mafalda, Teresa y Sancha, Completan este cuadro espléndido de Santos, Anastasio, Basilisa, Emeterio, Félix, Isidro.

Lesmes, María de la Cabeza, Miguel de los Santos, Pedro Compadre, Telmo y Simón y los *Beatos*; Andrés Hikernou, Berenguer de Peralta, Dalmacio Monner de Santa Coloma de Farnés, Francisco de Posadas, Gaspar de Bono, Gudila de Toledo, Juan Bta. de la Concepción, José Oriol de Barcelona, Juan de Ribera de Sevilla, Juana de Aza, Miron de Tagamanent, María Ana de Jesús, Nicolás Factor, Sebastián de Aparicio, Simón de Rojas de Valladolid, etc.

** Anteriores á las fundaciones que se indican, hay entre otras la de San Pedro de Cardena en 537, por Doña Sancha y el de San Pedro de Arlanza, por Recaredo en 591, y de los monarcas catalo-aragoneses, Santa María Escorp, por D. Pedro el Católico, Valldigna y Ntra. Sra. del Carmen de Manresa, por D. Jaime II y otros muchos.



RF-15-104